

# **La hombría perdida en el tiempo. Masculinidad y nación española a finales del siglo XIX**

Nerea Aresti

*Universidad del País Vasco (UPV/EHU)*

La historia de España nos ha legado una profusa producción discursiva, tanto literaria como ensayística, sobre la denominada “leyenda negra”, un relato construido en oposición a la “leyenda de oro” enaltecedora del pasado y presente de la nación. El punto de partida de este texto es la idea de que esta leyenda negra en la España del siglo XIX estuvo vinculada al cuestionamiento del modelo masculino representado por el caballero español. No podía ser de otro modo si tenemos en cuenta que, en este siglo XIX y en expresión de Joane Nagel, nacionalismo y masculinidad tomaron forma a partir de un mismo molde (1998: 251). En estas construcciones mutuas de naciones y modelos de género, las masculinidades nacionales encontraron su “exterior constitutivo”<sup>1</sup> en figuras negativas de enemigos internos y externos. Y esto sucedió también en el caso del ‘hombre español’, quien participó del clima de incertidumbre reinante en aquellos años, un momento de viva competencia en el escenario internacional y de transformaciones importantes en las relaciones de género. Sin embargo, la inestabilidad y los temores característicos de este periodo no adquirieron rasgos uniformes en todo el continente europeo.

Si nos situamos en la España de estas últimas décadas del siglo XIX, un elemento decisivo del panorama descrito fue el efecto excluyente y degradante de los discursos de la masculinidad imperial del ‘hombre blanco’, supuesto adalid de la civilización y del progreso, que situaron a las naciones latinas, y a la española en particular, en posición de inferioridad. Como es sabido, el importante papel que el concepto de decadencia jugó en el diag-

---

1 Como ha señalado Chantal Mouffe, el término de “exterioridad constitutiva”, propuesto por Henry Staten para referirse a temas desarrollados por Jacques Derrida, destaca que la creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia construida a menudo sobre una jerarquía, un otro inestable que define el significado cambiante de la propia identidad (2005: 15).

nóstico del estado de las naciones y en la configuración de los modelos de masculinidad que las representaban, no fue exclusivo de España. Al contrario, este concepto de decadencia fue decisivo también a la hora de situar y nombrar los enemigos a los que se enfrentaban otras muchas naciones y sus hombres (Mosse 1996: 81). Sin embargo, el significado de la decadencia no fue estable. En concreto, si como han señalado algunos autores, en determinados países el afeminamiento apareció como un peligro especialmente alarmante (Mosse 1996: 83), en el caso de la España finisecular, tal y como plantearé en estas páginas, esta crisis sería mejor definida como de pérdida y consecuente ausencia de virilidad. La “nación de eunucos” a la que se refirió Joaquín Costa apuntaba a un país en el que los hombres, más que feminizarse —una amenaza en todo caso siempre presente— habían dejado de serlo frente a otros. Esto no significa que la contradicción de género no fuera relevante en esta crisis de masculinidad española, pero esta contradicción se manifestó sobre todo a través de las relaciones de poder entre masculinidades en un marco internacional, y no tanto en oposición a las mujeres.

## Los antecedentes

Como advirtió Rafael Altamira en 1902, lo que él denominaba “el mal”, es decir, la aversión hacia España, venía de lejos (1917 [1902]: 124). El caballero español llevaba siglos haciendo frente a los embates de la modernidad dentro y fuera de sus fronteras. Como ha recordado el historiador José Álvarez Junco, ya en la España de finales del *xvi* y comienzos del *xvii*, el trato con el extranjero y la pérdida de los hábitos militares fueron apuntados, con acentos distintos, como factores de indeseables efectos feminizadores. Tal fue el caso de Juan de Mariana o Francisco de Quevedo (Álvarez Junco 1998: 449). Fue asimismo fuente de insatisfacciones el supuesto afeminamiento del caballero cortesano, un fenómeno relacionado con la crisis de la “masculinidad heroica, militar e imperial que los excesos de la vida cortesana del *siglo xvii* habían erosionado”, en palabras de José Cartagena (2008: 12). Como señala el autor, la masculinidad marcial de hombres castos y devotos, que se había reafirmado sobre la alteridad musulmana, se habría visto a su vez amenazada por el cortesano domesticado e incluso por el efecto debilitante de América sobre la fuerza viril de los españoles (Cartagena 2008: 16 y 57-58).

La inestabilidad del modelo mítico del caballero español fue desafiado también por la Ilustración. Durante el siglo XVIII, y tal y como ha analizado la historiadora Mónica Bolufer, España, como otros países europeos, se halló expuesta a la introducción de nuevos modelos de masculinidad que rivalizarían con los asentados socialmente hasta entonces. Se trataba del ideal del “hombre de bien” ilustrado u “hombre sentimental”, un hombre capaz, ha planteado la autora, de “domesticar sus impulsos pasionales hasta convertirlos en refinados sentimientos. Un varón no solo propietario responsable, funcionario ejemplar o negociante eficaz sino también ciudadano compasivo y esposo y padre tierno” (Bolufer 2007: 15). También durante el siglo XIX fueron muchos los desafíos que debió soportar el recio caballero español. El orden postrevolucionario procedió, como ha señalado la historiadora María Sierra, a la construcción de las virtudes políticas como virtudes propiamente masculinas, desde la necesidad de salvaguardar la esfera pública de elementos femeninos o feminizados (2012: 218). Todos estos cambios y discontinuidades muestran la precariedad de estas construcciones identitarias, algo que de ningún modo equivale a plantear visiones lineales en un sentido de progresiva modernización de los ideales masculinos.

En las últimas décadas del siglo XIX, el ideal legendario del caballero español debió hacer frente a nuevos e importantes retos. Esta vez, el cuestionamiento creció en un contexto de auge imperialista y de difusión de las teorías evolucionistas y el darwinismo social, discursos de alto poder legitimador para dicho orden internacional, y con un importante significado desde el punto de vista de género. Como bien señaló George Mosse, nacionalismo, racismo y clasismo tomaron como fundamento la naturaleza en un intento de participar de su inmutabilidad (1985: 137). En este contexto asistimos a una profunda crisis del “hombre español”, una categoría que mostraba una vez más su carácter inestable.

En realidad, como sabemos, aquel declive está siendo percibido como un proceso común a todas las razas latinas. Una cadena de acontecimientos históricos y humillantes derrotas habría trazado el camino de la degeneración y las crisis nacionales: la francesa de Sedán frente a Prusia en 1870, el ultimátum británico a Portugal en 1890, el fracaso italiano de Adua en 1896 y el paradigmático desastre español de 1898 (Varela Ortega 1998: 265). En este contexto, España constituía el ejemplo más fehaciente del proceso degenerativo que afectaba a las naciones latinas. El legendario hombre español aparecía así como destinado a desaparecer en una lucha en

la que solo los más aptos sobrevivirían. Este modelo de virilidad seguiría el destino de las naciones moribundas anunciado por el primer ministro del Reino Unido, lord Salisbury, en mayo de 1898. De hecho, el discurso de Salisbury ejerció un enorme impacto en la intelectualidad y clase política españolas, efecto que quedó reflejado en las palabras de Ramiro de Maeztu, quien confesó que aquellas declaraciones le habían producido una impresión profundísima, “cual si las palabras del ministro inglés significaran una sentencia de muerte” (Maeztu 1967 [1899]: 108-109).

Las emociones sentidas en el marco de este estado de opinión provocaron una proliferación discursiva de grandes proporciones, encaminada a reparar una dignidad fatalmente dañada. Sin duda, resulta difícil evaluar hasta qué punto los discursos e imágenes cuestionadoras de la masculinidad española interpellaron con éxito al conjunto social y en qué medida tuvieron incidencia sobre las diferentes subjetividades. Es posible afirmar que tal crisis de masculinidad nacional existió, aunque afectó a una minoría social particularmente expuesta a este clima discursivo y desde luego más firmemente “nacionalizada” que el conjunto de las clases populares. Por otro lado, es necesario también tener en cuenta que, tal y como ha puesto de manifiesto la especialista en esta cuestión Lou Charnon Deutsch, sociedades como la estadounidense vieron entonces, a su vez, la necesidad de hacer frente a su propia crisis de valores característicos de la masculinidad nacional a través de procesos de reafirmación y reforma. Una vez más, señala la autora, la guerra sería la mejor aliada en la búsqueda de una masculinidad más elevada (Charnon Deutsch 2014-2015: 114-115 y 120). Y en estos países considerados avanzados, la figura del hombre español ofreció el contrapunto idóneo para la afirmación de una masculinidad identificada con el progreso, la civilización, el autocontrol, el realismo y la razón práctica. Es decir, se trataba de un contexto de crisis en el que diferentes naciones se situaron en posiciones de poder distintas, y construyeron estrategias de salida en mutua relación también.

## **Feminización y ausencia de virilidad**

A continuación plantearé dos ideas. La primera, que la crisis de masculinidad nacional en España en el contexto del 98 estuvo más estrechamente relacionada con el estatus de la nación española en el marco internacional, en los términos que vengo planteando, que con amenazas suscitadas por

cambios en las relaciones de género con las mujeres y la feminidad. Segunda, y relacionado con ello, que si bien la acusación de feminización estuvo siempre presente en los discursos e imágenes difamatorios del hombre español, y nos referimos en particular a los provenientes del extranjero, estos tuvieron sobre todo el efecto de despojar a dicha hombría de modernidad, lo que significó reducirla a naturaleza, es decir, a una masculinidad brutal y no civilizada (Aresti 2014). La imagen del hombre español proyectada desde las potencias supuestamente a la cabeza de la civilización, particularmente los Estados Unidos, contrasta con el tratamiento que recibieron las colonias, y concretamente Cuba, esta sí plenamente feminizada.

Ciertamente, y como ya hemos advertido, no fueron escasas las ocasiones en las que el hombre español fue feminizado e infantilizado en los discursos e imágenes proyectados desde el exterior, y concretamente desde los Estados Unidos (Charnon Deutsch 2014-2015). Incluso en el interior de las fronteras españolas, escritores como el regeneracionista Luis Morote colaboraron en esta infantilización y adoptaron esta idea de vuelta a un estadio anterior en el proceso de evolución al afirmar que “España como ser que vivió edad larga y accidentada, vuelve a la infancia” (Morote 1900: 781). Pero mucho más consistente que esta imagen fue, sin embargo, el recurso a la figura salvaje e incivilizada, un anacronismo, un bárbaro en las antípodas del hombre civilizado y moderno. Si bien es necesario advertir que, en la medida en la que feminidad, infancia y ausencia de civilización resultaban conceptos asociados, las dos estrategias de feminización y embrutecimiento no fueron contradictorias, al contrario, se reforzaban mutuamente. Estas nociones aparecían íntimamente ligadas en teorías como la de la recapitulación o ley biogenética, y más en general en el tan influyente darwinismo social. En algunas de estas visiones, el mundo reproducía sincrónicamente su propia historia, de modo que en la sociedad de un determinado momento era posible encontrar representaciones de diferentes etapas del proceso evolutivo de la humanidad. Estas teorías permitían expresar la jerarquía social atribuyendo un estadio de desarrollo a cada pueblo, a cada raza, a cada sexo o grupo social. Las razas o clases sociales consideradas inferiores, los niños y, por supuesto, las mujeres, eran representantes del pasado en el presente, meros anacronismos, siendo los hombres blancos, adultos, de clase media y alta, y de los países occidentales los únicos representantes legítimos del dicho presente.

Por otro lado, también las visiones orientalizantes establecían un puente entre valores comúnmente asociados a la feminidad, como la pasividad

y la sensualidad, y la falta de civilización, ligada siempre a occidente. Esta asociación también afectó a la figura del hombre español, que resultó de nuevo mal parado en un juego de jerarquías con efectos estigmatizadores. La pasividad era un contravalor central de la masculinidad, un temor que era alimentado asimismo por los discursos científicos. En estas narrativas legitimadas socialmente, la feminidad era definida como naturaleza receptiva y anabólica, es decir, proclive al consumo en vez de a la producción de energía, en oposición a la actividad y a la tendencia productiva de los organismos viriles, marcados por su naturaleza catabólica y expansiva. El hombre pasivo era indefectiblemente un varón afeminado. Pero era también un no-hombre, volveremos sobre este matiz más adelante. En definitiva, feminización, infantilización, orientalización y embrutecimiento, lejos de ser excluyentes entre sí, constituyeron estrategias complementarias. Así lo supo expresar el principal ideólogo del nacionalismo vasco en aquel contexto, Sabino Arana, quien apareció siempre dispuesto a aprovechar para su propio proyecto político un ambiente discursivo desfavorable para la nación española. Arana aseguró que el español era “un pueblo a la vez afeminado y embrutecido” (1980 [1894]: 366).

Partiendo del hecho de que estas estrategias no fueron, como digo, excluyentes, resulta significativo identificar los énfasis de estas operaciones. En este sentido, la crisis de masculinidad del hombre español en aquel contexto se manifestó, sobre todo, como ausencia de virilidad civilizada, un diagnóstico que se convirtió en el principal foco de ansiedad identitaria. Los españoles fueron retratados como irracionales y salvajes, incapaces de controlar sus instintos, irrespetuosos con las mujeres, atributos todos ellos condensados en la imagen del “bruto español”. En un juego de oposiciones, las colonias, sin embargo, fueron radicalmente feminizadas, de forma que la lucha imperialista resultó ser a su vez una pugna entre diferentes modelos de masculinidad sobre el dominio de una mujer. La posición de Cuba como víctima indefensa del bárbaro español, doncella vulnerable y necesitada de protección por los verdaderos caballeros de la civilización, fue resaltada por las palabras y las imágenes que dieron forma a la denominada leyenda negra española. Y la Cuba desvalida fue también la joven por la que rivalizaban, en estéril lucha, el español y el insurrecto (Aresti 2014).

## El sentimiento de pérdida

Hemos visto cómo en la llamada leyenda negra del hombre español proyectada desde el exterior tuvo un peso decisivo su representación como un bruto o un bárbaro. Desde el interior, este modelo anacrónico y no evolucionado –pervivencia innecesaria del pasado– se experimentó más bien como una pérdida y una carencia. El vacío provocado por aquella pérdida de virilidad llevó a muchos testigos de la época a afirmar, como hizo el ingeniero de minas y escritor regeneracionista Lucas Mallada, que “el pueblo español posee menos virilidad en el presente que en otros tiempos pasados” (1890: 28). También Emilia Pardo Bazán expresó esta idea de forma acabada. Cuando en 1899 ofreció una muy conocida conferencia en París bajo el título “La España de ayer y la de hoy (La muerte de una leyenda)”, la escritora advirtió de la necesidad de reconocer que con la muerte de la leyenda de oro nacional también había desaparecido el mito de la caballeridad del hombre español. En palabras de Pardo Bazán, ambos destinos aparecían unidos, y ambos remitían a una experiencia de pérdida:

Según la leyenda, España es, no sólo la más valerosa, sino la más religiosa, galante y caballeresca de las naciones. Según la leyenda, nos preciamos de ardientes patriotas, desdenamos los intereses materiales y nos hincamos de rodillas ante la mujer [...]. Ya no somos un pueblo religioso, ni siquiera un pueblo que practica [...] La blasfemia es un hábito, el robo sacrilego un caso cotidiano [...] El español no desdena los bienes materiales, sino los medios para adquirirlos, si requieren asiduo esfuerzo [...] En cuanto a la galantería española y al culto a la mujer, ¡leyenda y más leyenda! [...] la mujer española no encuentra, no diré galantería, ni aun cortesía y respeto (1899: 72-74, 79 y 83).

El ocaso de la leyenda dorada española significó también el fin de la mítica figura del caballero español. España había sido incapaz de cambiar sin degenerar, de aprovecharse del ejemplo de las naciones más activas y prósperas. Fruto de ello, afirmó Pardo Bazán, su patria era cada día más africana (1899: 83). Y frente a la virtud cívica, el autocontrol, la racionalidad práctica y el respeto a las mujeres, el hombre español era blasfemo, perezoso y zafiamente descortés. Y en aquella situación, los pueblos anglosajones, sus hombres, eran presentados a las naciones mediterráneas como el ejemplo a seguir (1899: 90).

Sin embargo, más que un cuestionamiento de los valores en sí mismos, lo que muchos intelectuales del momento plantearon fue el carácter anacrónico del caballero español, es decir, su incompatibilidad con la

modernidad. De hecho, las representaciones negativas de la masculinidad española estuvieron a menudo íntimamente unidas, también en la producción discursiva interior, a visiones de tipo evolucionista según las cuales, por efecto de la degeneración, lo que en otro momento fueron virtudes se habían convertido en fatales defectos. Miguel de Unamuno lo expresó con claridad cuando afirmó que “los caracteres que en otra época pudieron darnos primacía nos tienen decaídos” (1972 [1894-1911]: 140). El proceso de degeneración remitía a un progresivo agotamiento o desgaste hasta la pasividad y la indolencia. La crítica a la falta de iniciativa, de impulso para la acción y de compromiso con la cosa pública ocupó de este modo un lugar destacado en estos discursos. El origen de los defectos morales de los españoles se encontraba en la flojedad de espíritu acentuada por efecto de los tiempos modernos, en expresión de Lucas Mallada. España era, aseguraba, un país dormido que no lograba despertar de su modorra (Mallada 1890: 31 y 33). Ese abandono y ese abatimiento habían hecho posible el abuso que la “raza anglo-sajona” ejercía sobre la decadente España, según insistía en la misma línea Vital Fité (1899: 42-43). El hombre español había caído en la “indiferencia mahometana” (Miguel de Unamuno), en la resignación del “fatalismo musulmán” (Pablo de Alzola) y en la “pasividad oriental” (Joaquín Costa), hasta llegar a convertirse en la muchedumbre abúllica formada por los que Ramiro de Maeztu denominó hombres líquidos, mansos e inertes.<sup>2</sup> Como señalaba anteriormente, la orientalización de la masculinidad española profundizó el diagnóstico de la falta de hombría, de déficit de virilidad.

De nuevo, este déficit de virilidad fue percibido más en relación con otras masculinidades que en relación con las mujeres. Y la mayor parte de estos discursos estuvo así centrada en el sujeto masculino, representante de la nación. Richard Cleminson y Francisco Vázquez García han llamado acertadamente la atención sobre cierto contraste entre el discurso sobre la decadencia nacional formulado en países como Alemania, Francia e Inglaterra, donde la preocupación por la masculinización de la mujer—formulada a menudo como una reacción contra el incipiente movimiento feminista— está muy presente, y el que se encuentra en España (Cleminson/Vázquez García 2010: 176). Este contraste no estuvo tanto relacionado con una mayor estabilidad de lo que podríamos llamar masculinidad hegemónica en España, sino más bien con el origen de esa inestabilidad.

---

2 Expresión de Ramiro de Maeztu. Citado José Varela Ortega (1998: 287-8).



No es que el miedo al feminismo no estuviera presente en la España de comienzos de siglo, o que el miedo a la decadencia no formara parte del imaginario de los países entonces en auge a nivel internacional.<sup>3</sup> Pero el peso relativo de estas variables fue distinto en cada caso, en cada situación de crisis de masculinidad. Y en España preponderó la idea de déficit de virilidad frente a los otros hombres, bien los de otras naciones, bien los españoles del pasado. Para el regeneracionismo más modernizante, se trataba de un déficit con respecto a las cualidades que definían la masculinidad hegemónica en la Europa de finales de siglo, en la medida en que tal ideal era operativa. Para los más tradicionalistas, la idea de déficit se refirió a la falta de los valores legendarios del caballero español, y la solución al problema, como veremos más adelante, venía de la mano de la recuperación de las virtudes perdidas en el tiempo.

El giro argumental de Joaquín Costa en los años de cambio de siglo, aunque sutil, resulta significativo en este sentido. Planteo así una lectura de este conocido texto que privilegie esta dimensión. Durante los acontecimientos de Cuba, Costa había asegurado que España era una nación unisexual, compuesta de dieciocho millones de mujeres. En 1901, recapacitando, Costa matizó esa afirmación asegurando lo siguiente:

Hace algunos años, cuando más enardecía la guerra, dije de España que era una nación unisexual compuesta de dieciocho millones de mujeres [...].

Cuando ahora vuelvo la vista hacia atrás y abarco en una mirada las cosas inverosímiles, horrendas, sucedidas en esos cuatro años y contemplo en el fondo del despeñadero al inmenso rebaño mirando indiferente, con los ojos mortecinos y estúpidos, a los conductores jugar sobre sus destinos, sobre su libertad y sobre su piel, comprendo el agravio que hice a las mujeres con aquella calificación.

No: España *no es una nación unisexual: es una nación sin sexo*. No es una nación de mujeres, es una nación de eunucos<sup>4</sup> (1915: 3; la cursiva es mía).

La metáfora de la castración tenía un indudable efecto de feminización, pero significaba más que nada una ausencia de virilidad. Por medio de

3 George L. Mosse relacionó directamente este miedo a la decadencia con las medidas legales contra la homosexualidad y con el surgimiento de la nueva ciencia sexológica, fenómenos ambos de finales del siglo XIX (1996: 98).

4 *El Porvenir*, Sevilla, 1 de enero de 1901, en un artículo de bienvenida al siglo XX. Reproducido posteriormente con motivo del aniversario de su muerte en *El País. Diario Republicano*, 1915.

esta matización, Costa quiso situar la cuestión en el campo masculino, subrayando que el problema era más de falta de masculinidad que de exceso de feminidad. El problema de España no era una cuestión que afectara a las mujeres; el problema eran los hombres españoles, que habían dejado de serlo. Y la falta de hombría que afectaba al hombre español hacía que destacara, como valor positivo universal y no necesariamente adherido a un cuerpo biológico, la fuerza viril de las mujeres españolas. Cuando Costa felicitó a Emilia Pardo Bazán por su “discurso varonil” en unos Juegos Florales en Orense, le confesó amargamente que, en su opinión “en España ya no quedan más hombres [...] que las mujeres” (Costa 1914 [1901]: 104). Costa hizo hincapié en la ausencia en sus compatriotas de los rasgos que definen a un hombre, retratando a los españoles como un pueblo indolente y apático, envilecido y falto de vigor. Su elitismo y una visión antidemocrática de lo que debía el gobierno de la nación influyeron también, lógicamente, en este sentido.

### **En busca de una salida a la crisis**

El carácter de la crisis de masculinidad nacional de fin de siglo, como crisis de carencia, marcó así el tipo de reacciones de la clase política y de la intelectualidad ante estas inestabilidades. Las salidas ofrecidas dentro de las fronteras españolas a esta situación no estuvieron tanto basadas en una reafirmación masculina frente a la feminidad, como en mejorar la posición relativa del hombre español frente a otras masculinidades nacionales o frente a un pasado perdido. De nuevo, esto no implicó que aquellas masculinidades no estuvieran siendo reconstruidas dentro de las relaciones de género, y por lo tanto con respecto a las mujeres, pero en esta ocasión el género se expresó de forma más decidida a través de las diferencias entre hombres, y sobre todo a través de las diferencias nacionales –y civilizatorias– entre hombres.

Como bien ha señalado José Álvarez Junco, que la idea de degeneración y de pérdida –que el autor define como pérdida de orden, de salud, de identidad y de civilización– impregnó tanto los discursos de las derechas como de las izquierdas en aquel particular contexto, aunque con significados políticos distintos. Para los primeros, el programa de regeneración debía acarrear un retorno a la tradición, mientras que para los segundos, esta regeneración significaba precisamente la superación de las jerarquías y

podredumbres heredadas del pasado y la adaptación a los nuevos tiempos (Álvarez Junco 1998: 460-462). Como veremos a continuación, esta confluencia en el diagnóstico de degeneración y estas profundas diferencias en la estrategia de futuro tuvieron una clara plasmación en el terreno de los ideales de virilidad nacional, a través de proyectos que insistían bien en la necesidad de recuperar los valores perdidos o bien de reformar un ideal obsoleto por inadaptado a las existencias de la modernidad.

El proyecto estuvo fundado así sobre la necesidad bien de recuperar los valores del caballero español o bien de reformar e incluso recrear este modelo con nuevos referentes. Los que eligieron este segundo camino tomaron sus referentes en buena medida de la figura del *gentleman*, su autocontrol y laboriosidad. La opción por bien reformar o bien recuperar la masculinidad perdida dependió de cómo se entendía que debía construirse la nación española en relación con su propia historia. En todo caso, el objetivo fundamental estuvo en reafirmar el vínculo entre el hombre español y los valores de la civilización, aunque el significado de este concepto de civilización no fuera homogéneo. De hecho, ambas categorías, la de civilización y la de masculinidad nacional, aunque siempre identificadas entre sí, estuvieron precariamente definidas en un contexto de lucha por los significados.

Las alternativas se configuraron en el espacio que separaba los “dos estados del alma española” descritos por Emilia Pardo Bazán: “[...] de un lado, el romántico optimismo legendista, de otro, el pesimismo estéril y devastador” (1899: 90). Algunas respuestas a estas preocupaciones, ampliamente compartidas en el ambiente regeneracionista, plantearon la necesidad de una reforma que recogiera lo mejor de la tradición y el carácter nacionales, adaptándolos a los nuevos tiempos con nuevos bríos. Ello exigía una labor de recuperación de autoestima, un saber reconocer, como decía José Aubin Rieu-Vernet, el propio valor y la propia fuerza “porque esa confianza en nosotros mismos es la primera base del progreso y el éxito”, e insistió en que era necesario luchar contra la manía de la autodenigración y la convicción sobre la propia inferioridad (Rieu-Vernet 1918: 13-14). Esta posición, digamos, constructiva, que combinaba una actitud crítica con cierto optimismo, fue compartida en grado diverso por otros autores, como por ejemplo Luis Morote, quien aplicando la “ley eterna de la conservación de la energía” a las cuestiones políticas, aseguró que no existía labor civilizadora que se extinguiera, ni fuerza moral que se perdiera del todo. Pero no se trataba en su opinión de resucitar el pasado ni la grandeza

guerrera e imperialista, sino de “concebir un nuevo ser” (Morote 1900: 781).

También Rafael Altamira realizó una propuesta para la rehabilitación de la masculinidad nacional que rescataba la peculiaridad para no caer en la total asimilación a otros modelos de ser hombre, a la vez que reconocía la necesidad de un profundo cambio. Partió así de la idea de que ser español no era algo “contrario” al resto de los hombres, “sino ser hombre (con todo lo fundamental y esencial que esto supone) al modo nuestro”. Lo que hacía falta, insistió, era “convencer a los demás y convencernos nosotros mismos”, mejorar la valoración que el español hacía de sí mismo y “promover entre nosotros una reacción de ánimo, basada en una estimación más justa de nuestras cualidades y de nuestra acción en el mundo” (Altamira 1917 [1902]: 14-16).<sup>5</sup> Y, sobre todo, lo más importante era demostrar cada día y con fuerza que la raza española no era una raza pasiva (Rieu-Vernet 1918: 54).

Otros contemporáneos fueron menos optimistas respecto de lo que consideraban aprovechable del pasado. Así, Pablo de Alzola, cuya llamada a “salvar la ropa” para evitar desastres mayores en momentos previos a la guerra con Estados Unidos es bien conocida, planteó que convenía estudiar a fondo la historia de España “*para no imitarla*” (Alzola y Minondo 1898: 55).<sup>6</sup> Y desde el extremo del pesimismo devastador que criticaba Pardo Bazán, se subrayó el contraste de la masculinidad española con la propia de otras naciones caracterizadas por su laboriosidad y sentido práctico. El propio Alzola subrayó el contraste del español con los unos “yanquis” dotados de las “cualidades necesarias para alcanzar el triunfo, a saber: el espíritu de empresa, la energía individual y la aptitud para la mecánica” (Alzola y Minondo 1898: 145). Ricardo Macías Picavea puede representar también esta corriente. Desde su regeneracionismo liberal duramente crítico con el régimen de la Restauración, llamó la atención sobre la carencia en España del realismo varonil requerido para las ocupaciones técnicas e industriales:

5 En el prólogo de 1917.

6 La cursiva es original. No es necesario recordar, en este sentido, el título de la célebre obra de Joaquín Costa, antes mencionada, *Crisis política de España (doble llave al sepulcro del Cid)*. Años más tarde, el bando franquista en la Guerra Civil arremetió contra esta idea de Costa anunciando que el 18 de julio de 1936, el Cid había roto las cerraduras de su sepulcro y comenzado de nuevo a ensanchar Castilla delante de su caballo (López Prudencio 1938: 4).

En la sociedad española quedan muy pocos hombres capaces de desempeñar hábilmente los altos menesteres y elevadas funciones propias de la civilización moderna en las artes políticas, científicas, técnicas y económicas: hecho cuan lamentable se quiera, pero que debe tomar muy en cuenta todo terapeuta que aspire á resultados eficaces y positivos en nuestros intensísimos males (Macías Picavea 1899: 159).

Se lamentaba así Macías Picavea del “predominio de la actividad impulsiva, pasional sobre la actividad evolutiva, voluntaria”, típicas estas últimas, decía, de los pueblos civilizados y de razas como la anglo-sajona (1899: 214). Si el problema nacional era un problema de virilidad, también las soluciones tenían rostro masculino. Al igual que otros regeneracionistas, en la parte del libro dedicada a los “Remedios”, Macías Picavea encontró la solución al problema de la falta de hombres capaces en el liderazgo de un hombre superior y providencial, algo próximo al cirujano de hierro de Joaquín Costa. El artífice de la regeneración nacional sería así Hombre “con H grande”, único capaz de levantar a la patria sobre sus robustos hombros:<sup>7</sup>

Patriota ferviente, encarnaría en todas sus resoluciones el alma de la patria; mano de hierro, ante ella caerían, como ante el rayo las torres cuarteadas, oligarcas, banderías y caciques; apóstol y Mesías del pueblo, sacudiría su modorra y despertaría su fe y sus entusiasmos; alta inteligencia, barrería hasta las últimas telarañas de nuestro fanatismo y nuestra barbarie, procurándonos, en cambio, inundaciones de civilización; actividad ubicua é indomable [...] artista de naciones, renovaría grande y floreciente la nación hispana (Macías Picavea 1899: 504).

La nación, representada a través de un referente masculino, con sus carencias y sus virtudes, situaba sus problemas y encontraba sus soluciones en los propios hombres. Insisto en que esto no quiere decir que las mujeres no aparecieran a veces como un recurso para la regeneración del país. Como han señalado Richard Cleminson y Francisco Vázquez García, esta confianza en el valor regenerador de las mujeres estuvo latente en ciertos ensayos de esta corriente (Cleminson/Vázquez García 2010: 177). Las propias mujeres pudieron verse a sí mismas en este papel. Existen pruebas de ello tanto en determinados textos, particularmente de corte feminista, e incluso

---

7 Si bien la solicitud de una solución providencialista al problema nacional a manos de un hombre “con H grande”, al igual que la “política quirúrgica” de Costa, fueron propuestas muy utilizadas posteriormente por las alternativas de corte fascista, no pueden ser identificadas plenamente unas y otras, respondiendo a contextos distintos (Sepúlveda Muñoz 2000: 366).

en algunas reacciones sociales ante el conflicto con Cuba. Por ejemplo, en julio del 98, *La Correspondencia Militar* reproducía en sus páginas un cartel que, según explicaron, había aparecido en todas las esquinas de Madrid. En él, en nombre de las madres que lloraban el “sacrificio estéril” de sus hijos, soldados en Cuba, las autoras se preguntaban si no serían ellas la esperanza del país: “¿Tendremos nosotras que arrojar del templo y perseguir con disciplinas á los mercaderes?”.<sup>8</sup> Es necesario destacar, sin embargo, que no se trataba tanto de una reivindicación y exaltación de los valores femeninos como solución regeneradora, como de un emplazamiento a unos hombres de la nación a los que se percibía despojados de masculinidad, y a los que se amenaza con ser reemplazados en su deber por las mujeres. Era la falta de fuerza viril la que estaba detrás de los problemas de la patria y solo la recuperación de esa energía, aun a través de sus mujeres, podría ofrecer una salida al “problema de España” y librar al país de la caída definitiva.

También desde visiones tan tradicionalistas como la de Menéndez y Pelayo, para quien no se trataba de adaptar la masculinidad patria al presente, sino de recuperar la gloria del pasado, las mujeres podían colaborar en el empeño patriótico. Desde este punto de vista, también las mujeres habían participado históricamente de estas virtudes viriles de la raza. Así recordaba el autor de *Historia de los heterodoxos españoles* el misticismo español de Santa Teresa, “[...] no enfermizo ni egoísta e inerte, sino viril, y enérgico, y robusto hasta en la pluma de las mujeres!” (Menéndez y Pelayo 2003 [1880-1882]: 689).<sup>9</sup> Desde una concepción de la virilidad como virtud enaltecedora en todo ser humano, el pasado aparecía como un referente regenerador del viciado presente. Y los representantes de la tradición se convertían en portadores de esos valores. Así, para el también tradicionalista Juan Vázquez de Mella, el pretendiente Carlos VII era el “prototipo de esa raza de hombres que tienen un nivel moral mucho más alto que su siglo”, y representaba “toda la constancia viril de nuestra raza” (Vázquez de Mella, citado en: Gamba 1953: 80 y 82).<sup>10</sup>

En conjunto, es posible afirmar que todas las propuestas, las de reforma y las de recuperación del pasado, no estuvieron centradas tanto en una

8 *La Correspondencia Militar*, “Gloria á los vencidos”, 11 de julio de 1898, p. 3.

9 Menéndez y Pelayo encontraba en “nuestros esfuerzos en las guerras civiles” la prueba de que la raza continuaba haciendo gala de virilidad (Menéndez y Pelayo 2003 [1880-1882]: 1182).

10 Correspondiente al artículo publicado en *El Correo Español* el 6 de enero de 1894 y titulado “Carlos VII”.

reafirmación del privilegio masculino y su superioridad sobre las mujeres, o en la radicalización de la diferencia sexual, como en el intento de mejorar la posición del hombre español frente a otras masculinidades pretendidamente superiores. Algo distinto a lo que sucedería cuando otro tipo de crisis de masculinidad afectara a la sociedad española veinte años después.

### **La diferencia amenazada**

Si la crisis de masculinidad característica de la España finisecular estuvo marcada por la relación desigual entre masculinidades, los años veinte y treinta del siglo siguiente asistieron a una crisis de tono distinto. El contraste entre ambas crisis nos servirá en este último apartado para subrayar, por un lado, las características concretas del contexto finisecular frente a otros escenarios históricos, y por otro, la idea más general de que las crisis de masculinidad pueden adoptar formas y significados distintos porque los propios modelos de masculinidad se definen en el marco de relaciones de poder de naturaleza diversa.

En el nuevo contexto inaugurado en buena medida por la Primera Guerra Mundial, el feminismo había pasado en España a representar una amenaza más cercana, y los cambios sociales que habían permitido la penetración de las mujeres en ámbitos educativos y profesionales antes prohibidos para ellas parecían hacer tambalear los muros fronterizos entre ambos sexos. El nuevo feminismo vino unido a la desafiante figura de la mujer moderna, particularmente perturbadora para el orden de género desde el punto de vista simbólico, aunque sociológicamente su representación en España fuera modesta. Las mujeres de los años veinte provocaron asombro e inestabilidad. La ambigüedad sexual y el denominado “tercer sexo”, un concepto difuso que hacía referencia a un conglomerado de fenómenos inquietantes, estuvieron en el punto de mira de los “reformadores sexuales” empeñados en reforzar la línea divisoria entre hombres y mujeres. Y la homosexualidad fue percibida también como una amenaza desestabilizadora que debía ser encarada sin reservas. Fruto de todo ello, crecieron los miedos a la pérdida de los privilegios masculinos. Una frase del influyente jurista Jiménez de Asúa, escrita en 1930, es expresiva de este sentimiento y sus efectos sociales: “Confesemos —afirmó— que es copiosa y desasosegada la legión de hombres que sentencian contra el nuevo tipo de mujer, fundando su fallo condenatorio en que el hogar peligra y en que está en riesgo

asimismo el menester maternal de la hembra, función cósmica ineludible e indispensable” (1930: 98). La crisis de masculinidad de los años veinte y treinta estuvo más ligada así a cambios en las relaciones de género e inestabilidades en el significado de la diferencia sexual, que a la posición relativa con respecto a otras masculinidades nacionales y otros modelos de virilidad, tal y como había sucedido dos décadas atrás.

Aunque la visión comparativa de ambas crisis es un asunto complejo, me aproximaré a él, dentro de los límites del presente ensayo, a través de un ejemplo que considero ilustrativo. Tanto los regeneracionistas de fin de siglo como los reformadores sexuales de los años veinte y treinta vieron interés en caracterizar figuras que representaban un modelo de masculinidad despreciable y que protagonizaron momentos críticos de la historia. Enrique IV de Castilla (1425-1474), también conocido como “El Impotente”, fue una de estas figuras. A ella prestaron atención diversos autores, entre ellos el anteriormente mencionado Pablo de Alzola –quien dedicó unas frases al monarca en su obra de recopilación de artículos titulada *El problema cubano*– y el célebre médico y prolífico creador de discursos de género Gregorio Marañón –autor de un “Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla”–. La forma en la que Alzola y Marañón entendieron y construyeron la figura de Enrique IV, aun siendo una de las muchas posibles en sus respectivos contextos, resulta significativa de ambos momentos históricos desde el punto de vista aquí planteado. Pienso que sus valoraciones de aquel personaje estuvieron impregnadas del presente en el que fueron realizadas y de experiencias concretas de una crisis de masculinidad nacional vigente.

Para Pablo de Alzola, el reinado de Enrique IV representó una de las etapas más vergonzosas de la “decadencia espantosa” que sufría España:

El trono vilipendiado, la justicia escarnecida, la relajación de las costumbres, la lucha perenne de los banderizos, las venganzas personales, la inseguridad de los caminos, las insensatas mercedes de la Corona, la depreciación de la moneda y la ruina del pueblo constituían un estado de total anarquía (Alzola y Minondo 1898: 221).

Como en el contexto del 98, en aquellos remotos tiempos de desorden fue la falta de virilidad, y por lo tanto de virtud y capacidad para gobernar, lo que condujo al país por la pendiente del desastre hasta el caos. En consecuencia, según Alzola, la recuperación del buen gobierno solo fue posible



gracias a la recuperación de la masculinidad, aunque las dotes viriles fueran de hecho ejercidas por una mujer:

Y sin embargo, bastó que empuñase las riendas del gobierno la excelsa Isabel I de Castilla –dotada de un alma fuerte y austera y de un espíritu reflexivo y enérgico– en unión de Fernando de Aragón, Príncipe tan perspicaz como sabio y prudente, para realizar en pocos años y como por ensalmo la obra más extraordinaria de regeneración nacional que registran los anales de los tiempos pasados (Alzola y Minondo 1898: 221-222).

Gregorio Marañón nos remite a un contexto distinto en el que, si bien, como décadas atrás, convivían diferentes visiones de género, es posible percibir algunos rasgos característicos del momento. Por un lado, destaca el peso de la biología en el “diagnóstico” del monarca realizado por Marañón, un peso muy superior al que este tipo de explicación tuvo en la aproximación de Alzola al problema, más atenta aquella a los aspectos morales y performativos. Ciertamente, el determinismo biológico en el análisis de los problemas sociales era una tendencia en alza en la España de finales del siglo XIX, pero durante los años veinte y treinta de la siguiente centuria este tipo de mirada alcanzó una legitimidad sin precedentes a la hora de atribuir significados normativos a la diferencia sexual. Así, en las primeras páginas de un ensayo que Marañón tituló, precisamente, como he señalado, “Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla”, el autor aseguró que fue la perspectiva biológica la que le permitió obtener al fin la verdad del personaje histórico: “La verdad biológica es, en efecto, mucho más difícil de ser deformada que la verdad histórica”, sobreviviendo incluso frente a “los espejismos desconcertantes de la leyenda más apasionada” (Marañón 1930: 16).<sup>11</sup>

Por otro lado, y más importante para el tema que nos ocupa, en el contexto vivido por Gregorio Marañón las ansiedades de género venían provocadas, sobre todo, por la cambiante posición relativa de las mujeres con respecto a los hombres. Aunque no es posible establecer una relación de causa efecto, el tratamiento de la figura de Enrique IV por Marañón no puede ser disociada de la situación de incertidumbre y del temor a la indefinición sexual que se percibía como un síntoma del desorden de género. Dentro de un esquema evolucionista, Marañón y otros teóricos sociales del

---

11 Marañón tuvo la oportunidad de examinar los restos del monarca. El diagnóstico fue “unucoide con reacción acromegálica” (1930: 45).

momento identificaron el fin del progreso sexual con la máxima diferenciación entre mujeres y hombres, hacia formas superiores de feminidad y masculinidad, plenamente definidas, superando unas y otros la primitiva indeterminación sexual: “las formas intermedias de los sexos no representan una utilidad superior para la especie ni tampoco para el individuo; y [que] el progreso de la Humanidad irá eliminándolas de la vida de los sexos” (Marañón 1926: 139). Con esta construcción en mente, Marañón incluyó a Enrique IV dentro de la categoría de “varones intersexuales”, hombres de masculinidad no totalmente definida y proclive, por lo tanto, a la homosexualidad (Marañón 1930: 64). Una insuficiencia de la secreción interna sexual habría provocado la tendencia euconoide del monarca y su “predisposición intersexual”, es decir, con propensión a “perturbaciones profundas del instinto” (Marañón 1930: 64 y 50). La precariedad del orden sexual fue identificada además con etapas clave en la vida de los seres humanos, y en concreto la pubertad, un momento decisivo “para las orientaciones futuras de los instintos” que habría sido aprovechada por los cortesanos sagaces y depravados de Enrique IV, quienes conspiraron contra su hombría y consiguieron corromperle (Marañón 1930: 60 y 61). Lógicamente, el legado de la reina Isabel fue también reivindicado por Marañón, sobre quien “el misterio de la herencia” habría hecho recaer todo el aliento viril que le faltó a don Enrique (Marañón 1930: 89). Resulta interesante que, en el conjunto de su obra, Marañón consideró a las mujeres que escapaban a lo que él denominaba “la ley normal de su sexo” como casos patológicos (Aresti 2001: 60 y 126). El caso de la reina Isabel de Castilla era un elemento distorsionador de esta teoría general, que pudo encontrar una explicación, de todos modos, en el funcionamiento caprichoso de la herencia.

En definitiva, Pablo de Alzola y Gregorio Marañón se aproximaron al personaje de Enrique IV desde comprensiones distintas de lo que era la virilidad, de la relación de esta categoría con la biología, y del significado de la diferencia sexual. La mirada comparativa del tratamiento de esta figura en ambos discursos revela que una crisis de masculinidad puede ser experimentada de muy diversas maneras, a la vez que nos acerca al complejo entramado de relaciones de poder donde afloran la fortaleza de la virilidad y sus flaquezas.

## Referencias bibliográficas

- ALTAMIRA, Rafael (1917 [1902]): *Psicología del pueblo español*. Barcelona: Minerva.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1998): “La nación en duda”. En: Pan-Montojo, Juan (coord.): *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid: Alianza, pp. 405-475.
- ALZOLA Y MINONDO, Pablo de (1898): *El problema cubano*. Bilbao: Imp. y Enc. de Andrés P. Cardenal.
- ARANA, Sabino (1980 [1894]): “La ceguera de los bizkaínos”. En: *Obras Completas de Arana Goiri'tar Sabin*. Tomo I. San Sebastián: Donostia Sendoa. Publicado originalmente en *Bizkaitarra*, 30.09.1894.
- ARESTI, Nerea (2001): *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- (2014): “A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98”. En: Nash, Mary (coord.): *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*. Madrid: Alianza, pp. 47-74.
- BOLUFER, Mónica (2007): “‘Hombres de bien’: Modelos de masculinidad y expectativas femeninas, entre la ficción y la realidad”. En: *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 15, pp. 7-31.
- CARTAGENA, José R. (2008): *Masculinidades en obras. El drama de la hombría en la España Imperial*. Newark: Juan de la Cuesta.
- CHARNON DEUTSCH, Lou (2014-2015): “Cartoons and the Politics of Masculinity in Spanish and American Press During the War of 1898”. En: *Prisma Social*, nº 13, pp. 109-148.
- CLEMINSON, Richard/VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (2010): *Los invisibles. Una historia de la homosexualidad masculina en España, 1850-1939*. Granada: Comares.
- COSTA, Joaquín (1914 [1901]): *Crisis política de España (doble llave al sepulcro del Cid)*. Madrid: Biblioteca “Costa”.
- (1915): “Eunucos”. En: *El País. Diario Republicano*, 08.02.1915, p. 3.
- FITÉ, Vital (1899): *Las desdichas de la patria*. Madrid: Imprenta de Enrique Rojas.
- GAMBRA, Rafael (estudio preliminar y ed.) (1953): *Vázquez de Mella: Textos de doctrina política*. En: <<http://www.carlismo.es/librosElectronicos/VazquezMellaTextos.pdf>> (18.02.2016).
- LÓPEZ PRUDENCIO, José (1938): “El sepulcro del Cid”. En: *ABC*. Sevilla, 17.05.1938, p. 4.
- JIMÉNEZ DE ASÚA, Luis (1930): *Al servicio de la nueva generación*. Madrid: Morata.
- MACÍAS PICAVEA, Ricardo (1899): *El problema nacional. Hechos, causas, remedios*. Madrid: Lib. Victoriano Suárez.
- MAEZTU, Ramiro de (1967 [1899]): *Hacia otra España*. Madrid: Rialp. Primera edición: Bilbao: Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán/Imp. y Enc. de Andrés P. Cardenal.
- MALLADA, Lucas (1890): *Los males de la patria. La futura revolución española*. Madrid: Tip. Manuel Ginés Hernández.
- MARAÑÓN, Gregorio (1926): *Tres ensayos sobre la vida sexual*. Madrid: Suc. de Rivadeneyra.

- (1930): “Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla”. En: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 96, pp. 11-93. Disponible en: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/ensayo-biologico-sobre-enrique-iv-de-castilla/>> (03.05.2017).
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (2003 [1880-1882]): *Historia de los heterodoxos españoles*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 (edición digital basada en la de Madrid: La Editorial Católica, 1978). En: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra/historia-de-los-heterodoxos-espanoles>> (22.02.2016).
- MOROTE, Luis (1900): *La moral de la derrota*. Madrid: Estab. Tip. de G. Yuste.
- MOSSE, George L. (1985): *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*. New York: Howard Fertig.
- (1996): *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. New York: Oxford University Press.
- MOUFFE, Chantal (2005): *On the Political*. London/New York: Routledge.
- NAGEL, Joane (1998): “Masculinity and Nationalism: Gender and Sexuality in the Making of Nations”. En: *Ethnic and Racial Studies*, vol. 21, nº 2, pp. 242-269.
- PARDO BAZÁN, Emilia (1899): *La España de ayer y la de hoy (La muerte de una leyenda)*. Madrid: Administración de Obras de E.P.B.
- RIEU-VERNET, José Aubin (1918): *¿Es usted latino? Afirman que es usted un degenerado, un canalla, un cretino*. Madrid: La Razón.
- SEPÚLVEDA MUÑOZ, Isidro (2000): “La nación soñada: Los proyectos nacionalistas españoles y la crisis finisecular”. En: Sánchez Montero, Rafael (ed.): *En torno al 98*, tomo II. Huelva: Universidad de Huelva, pp. 359-373.
- SIERRA, María (2012): “Política, romanticismo y masculinidad: Tassara (1817-1875)”. En: *Historia y Política*, nº 27, pp. 203-226.
- UNAMUNO, Miguel de (1972 [1894-1911]): *En torno al casticismo*. Madrid: Espasa Calpe.
- VARELA ORTEGA, José (1998): “Del desastre y sus consecuencias”. En: VV.AA.: *Imágenes y ensayos del 98*. València: Fundación Cañada Blanch, pp. 253-288.